EL MUNDO (MAGAZINE)
MADRID
15/07/12
Prensa: Semanal (Domingo)
Tirada: 427.306 Ejemplares
Difusión: 323.587 Ejemplares
Cód: 59977425
Página: 38
cción: OTROS Valor: 37.495,00 € Área (cm2): 825,4 Ocupación: 91,23 % Documento: 1/2 Autor: POR TODD BURPO CON LYNN VINCENT Núm. Lectores: 752000

LECTURAS DE VERANO

LA NOVELA (2)

EL CIELO ES REAL

Tras conmocionar a más seis millones de lectores en todo el mundo y ser número uno en la lista de los libros más vendidos del *The New York Times*, Zenith publica en España la emotiva historia del niño de cuatro años Colton Burpo. Escrito por su padre, el libro narra su estancia en el cielo mientras era sometido a una urgente operación a vida o muerte.

POR TODD BURPO CON LYNN VINCENT

En Estados Unidos, la festividad del Cuatro de Julio se relaciona con desfiles patrióticos, barbacoas, mazorcas de maíz y cielos nocturnos salpicados de fuegos artificiales. Para mi familia, sin embargo, el fin de semana del Cuatro de Julio de 2003 fue importante por otro motivo.

Mi esposa y yo habíamos planeado ir con nuestros hijos a visitar al hermano de Sonja -Steve- y a su familia en Sioux Falls, Dakota del Sur. En ese viaje conoceríamos a nuestro sobrino, Bennett, de apenas dos meses. Además, nuestros hijos, Cassie y Colton, no habían visto las cascadas (sí, ¡realmente hay unas cascadas llamadas Sioux Falls en la ciudad Sioux Falls!). Pero lo más importante de todo era que ésa sería la primera vez que saldríamos de nuestra ciudad, Imperial, en Nebraska, desde el viaje familiar que hicimos en marzo a Greeley, Colorado, y que se convirtió en la peor pesadilla de nuestras vidas.

Llámanos locos, si quieres, pero debido a que la última vez que hicimos un viaje familiar uno de nuestros hijos casi se nos muere, en esa ocasión sentíamos cierta aprensión, hasta el extremo de no querer hacer el viaje. Como pastor que soy, no creo en supersticiones pero, aun así, una parte de mí sentía que si nos quedábamos cerca de casa, estaríamos a salvo. En cualquier caso, finalmente ganó la razón y la tentación de conocer al pequeño Bennett, quien, según Steve, era el bebé más guapo del mundo. De manera que cargamos nuestro Ford Expedition con todo lo que necesitaríamos para un fin de semana y preparamos a la familia para un viaje rumbo al norte.

Sonja y yo decidimos que lo mejor sería hacer la mayor parte del viaje por la noche. Así, si bien Colton estaría preso en su sillita de seguridad a pesar de sus cuatro años, al menos dormiría la mayor parte del viaje. De modo que, pasadas las ocho de la noche, subimos al Expedition, lo saqué del aparcamiento, pasé junto a la iglesia Wesleyana de Crossroads -de la cual soy pastor- y tomé la autopista 61.

La noche estaba despejada y clara, y una media luna se recostaba sobre el cielo aterciopelado. Imperial es una localidad agrícola ubicada en el límite occidental de Nebraska. Con apenas dos mil almas y ni un semáforo, es la clase de pueblo que tiene más iglesias que bancos, donde los agricultores abandonan sus campos al mediodía para almorzar en el café que es propiedad de su familia, con sus botas de trabajo Wolverine, sus gorras con visera John Deere y sus tenazas para alambrar colgando del cinturón. Así que Cassie -a la sazón, de seis años- y Colton estaban entusiasmados por el viaje a la *gran ciudad* de Sioux Falls para conocer a su primo recién nacido.

Los niños no callaron durante los 140 kilómetros que nos separaban de North Platte, mientras Colton jugaba a que sus figuras de acción de superhéroes libraban batallas y salvaban el mundo una y otra vez. No eran aún las diez de la noche cuando llegamos a la ciudad de unos veinticuatro mil habitantes, célebre por haber sido el hogar del famoso Buffalo Bill Cody.

North Platte sería prácticamente la última parada con gente que haríamos esa noche en nuestro camino hacia el nordeste, a través de grandes extensiones de campos de maíz en los que no había otra cosa que venados, faisanes y alguna que otra granja. Habíamos planeado detenernos allí para llenar tanto el depósito de gasolina como nuestros estómagos.

Tras poner gasolina en una estación de servicio Sinclair, tomamos la calle Jeffers cruzando un semáforo donde, si girábamos a la izquierda, encontraríamos el Centro Médico Regional Great Plains. En marzo habíamos pasado en ese lugar quince días de pesadilla, la mayor parte de los cuales habían transcurrido de rodillas mientras le pedíamos a Dios que mantuviera con vida a Colton. Dios escuchó nuestros ruegos, pero Sonja y yo bromeábamos sobre que la experiencia nos había echado un montón de años encima.

A veces la risa es la única forma que tenemos de procesar momentos difíciles y cuando pasamos por esa calle decidí bromear un poco con Colton.

-Oye, Colton -dije-. Si giramos, podemos volver al hospital. ¿Quieres ir?

Nuestro pequeño rió en la oscuridad.

-¡No, papi, no quiero volver! Mejor que vaya Cassie.

Sentada junto a él, su hermana protestó.

-¡Nooo! ¡Yo tampoco quiero ir!

En el asiento del acompañante, Sonja se volvió para mirar a nuestro hijo, cuya sillita de seguridad estaba colocada detrás de mí. Imaginé su cortísimo cabello rubio y sus ojos azul cielo destellando en la oscuridad.

-¿Te acuerdas del hospital? -le preguntó Sonja.

-Sí, me acuerdo. Allí fue donde los ángeles me cantaron una canción.

Dentro del coche el tiempo se congeló. Sonja y yo nos miramos en silencio y nos preguntábamos: "¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?".

Sonja se inclinó hacia mí y susurró:

-¿Te ha hablado antes de ángeles?

Negué con la cabeza.

-¿Y a ti?

Su respuesta también fue negativa. Vi un restaurante Arby's, me dirigí al aparcamiento y apagué el motor. La luz blanca de un farol se filtraba dentro de nuestro coche. Aún en mi asiento, miré hacia atrás, a Colton. Me impactó su pequeñez. Era un chiquillo que todavía hablaba con la adorable inocencia -a veces, embarazosa- de llamar a las cosas por su nombre. Si tienes hijos, sabrás a qué me refiero: esa edad en la que un niño puede señalar a una mujer encinta y preguntar (en voz muy alta): "Papá, ¿por qué es tan gorda esa señora?". Colton se encontraba en esa breve época de la vida en la que aún no se sabe de tacto ni de picardía.

EL MUNDO (MAGAZINE)
MADRID
15/07/12
Prensa: Semanal (Domingo)
Tirada: 427.306 Ejemplares
Difusión: 323.587 Ejemplares
Cód: 59977425
Página: 39
cción: OTROS Valor: 26.611,00 € Área (cm2): 585,8 Ocupación: 64,75 % Documento: 2/2 Autor: POR TODD BURPO CON LYNN VINCENT Núm. Lectores: 752000

Todos estos pensamientos cruzaban mi mente mientras intentaba decidir qué contestarle a la sencilla afirmación de mi hijo de cuatro años de que unos *ángeles* le habían cantado. Finalmente, me lancé:

–Colton, ¿has dicho que unos ángeles te cantaron en el hospital?

Asintió vigorosamente con la cabeza.

–¿Qué te cantaron?

Colton elevó la mirada hacia la derecha con actitud evocadora.

–Pues, cantaron *Jesús me ama* y *Josué peleó la batalla de Jericó*. Les pedí que cantaran una de Queen, pero no quisieron hacerlo.

Mientras Cassie se reía en voz baja, noté que la respuesta de Colton había sido rápida y directa, sin indecisión.

Sonja y yo volvimos a intercambiar miradas.

"¿Qué está pasando? ¿Tuvo un sueño en el hospital?"

También flotaba entre nosotros una pregunta que no hacía falta expresar: "¿Qué le decimos ahora?".

Se me ocurrió preguntarle, como algo completamente natural:

–¿Cómo eran los ángeles?

Ahogó una risita, motivada al parecer por un recuerdo.

–Pues, uno de ellos se parecía al abuelito Dennis, pero no era él. El abuelito lleva gafas.

Luego, se puso serio.

–Papá, Jesús le pidió a los ángeles que me cantaran porque yo estaba muy asustado. Hicieron que me sintiera mejor.

–*¿Jesús?*

Miré a Sonja y noté que estaba boquiabierta. Volví la vista a Colton.

–¿Quieres decir que Jesús estaba allí?

Mi hijo asintió con la cabeza con la misma naturalidad con la que afirmaría haber visto una mariposa en el jardín.

–Sí, Jesús estaba allí.

–Pero ¿dónde?

Colton me miró a los ojos.

–Yo estaba sentado en el regazo de Jesús.

Si las conversaciones tuvieran un botón de 'Pausa', estoy seguro de que la frase de mi hijo sería uno de ellos. Pasmados al punto de no poder emitir palabra, Sonja y yo intercambiamos miradas y un telegrama mudo: "De acuerdo. Necesitamos hablar del tema".

Nos bajamos del Expedition y entramos en tropel a Arby's. Unos minutos más tarde, salíamos del restaurante de comida rápida con una bolsa llena. Durante todo ese tiempo, Sonja y yo hablamos en susurros.

–¿Crees que realmente vio ángeles?

–¡¿Y a Jesús?!

–No lo sé.

–¿Lo habrá soñado?

–No sé... Parece tan seguro.

De regreso en el coche, Sonja repartió los sándwiches y las patatas fritas. Yo me aventuré a hacer otra pregunta:

–Colton, ¿dónde estabas cuando viste a Jesús?

Me miró como reprochándome "¿No acabamos de hablar de eso?".

–En el hospital, cuando el doctor O'Holleran me atendía.

–Pero el doctor O'Holleran te atendió más de una vez, ¿recuerdas?

En el hospital, a Colton le habían hecho una apendicetomía de emergencia y luego una limpieza abdominal. Más tarde, lo habíamos llevado para que le quitaran una cicatriz, pero eso ya fue en la consulta del médico.

–¿Estás seguro de que fue en el hospital?

Colton asintió con la cabeza.

–Sí, en el hospital. Mientras yo estaba con Jesús, tú rezabas y mami hablaba por teléfono.

–*¿Qué?*

Eso significaba que, sin lugar a dudas, estaba hablando del hospital. Pero ¿cómo podía saber qué hacíamos nosotros en ese momento?

–Pero, hijo –insistí–, tú estabas en el quirófano en ese momento. ¿Cómo puedes saber qué estábamos haciendo?

–Porque podía veros –respondió Colton con naturalidad–. Salí de mi cuerpo, miré hacia abajo y pude ver al doctor. También os vi a ti y a mamá. Tú estabas solo en una habitación pequeñita, rezando, y mamá estaba en otra habitación. También rezaba y hablaba por teléfono.

Las palabras de Colton me sacudieron. Sonja abrió los ojos como platos, pero no dijo nada. Sólo me miraba fijamente mientras, distraída, daba un mordisco a su sándwich. Era suficiente información por el momento. Puse en marcha el motor y empecé a conducir nuevamente hacia Dakota del Sur. En la autopista I-80 se extendían, a ambos lados, tierras de pastoreo salpicadas de lagunas con patos que brillaban bajo la luz de la luna. A esas alturas, ya era muy tarde y todos dormían, tal como habíamos planeado.

El Expedition zumbaba por el camino, y yo estaba maravillado por lo que acababa de oír. Nuestro pequeño había dicho cosas increíbles y había respaldado todas sus afirmaciones con datos bastante creíbles, cosas que no había forma de que supiera. No le habíamos contado lo que habíamos hecho durante su operación mientras él estaba inconsciente –al menos, eso creíamos– bajo los efectos de la anestesia. [...].

Pasaron siete años desde que un viaje familiar ordinario se transformó en un viaje celestial que cambió nuestras vidas. Con frecuencia nos preguntan por qué esperamos tanto tiempo para contar la historia de Colton. Pues tenemos un par de razones. En primer lugar, si bien ya pasaron siete años de la pesadilla hospitalaria, nuestro viaje de emergencia desde Greeley al médico en Imperial resultó ser apenas el principio de la historia. [...]

Luego, cuando comenzamos a contar lo que había sucedido, muchos nos dijeron "¡Deberíais escribir un libro!" a lo que Sonja y yo respondíamos: "¿Nosotros? ¿Escribir un libro? Sí, claro". Por un lado, no creíamos que a alguien le interesara leer sobre *nosotros*. ¿Quiénes éramos para creer lo contrario? Por otra parte, estaba la cuestión de escribir el libro propiamente dicho. En la escala de grandes proezas, para nosotros eso estaba apenas un peldaño debajo de volar a la luna. [...].

Verás, como padres, estábamos preocupados por Colton. A muchas personas les encanta esta historia por todos los detalles sobre el cielo. A nosotros también nos gusta esa parte. Pero también está la parte del hospital en la que recorrimos senderos de terror y aflicción por lo que pareció una eternidad. Todo eso seguía fresco en la memoria, y no estábamos seguros de qué efecto tendría en Colton revivirlo. Además, estaba el asunto de cómo manejaríamos la atención que recibiríamos a causa de todo esto. Eso nos preocupaba y nos sigue preocupando. Venimos de pueblos pequeños, escuelas pequeñas, iglesias pequeñas... Lo 'pequeño' es algo que Colton conoce. ¿Los focos? No estamos seguros.

Pero ahora el libro ya está escrito. Sonja me dijo el otro día, riendo: "Supongo que tendremos que agregar 'escribir un libro' a nuestra lista de aspiraciones para poder tacharlo". En cuanto a Colton, cumplirá once años este mes y en septiembre entrará al sexto año de primaria. Es un niño normal en todos los sentidos. Practica lucha grecorromana y juega al béisbol. Toca el piano y la trompeta, pero no le encanta la escuela y su materia preferida es el recreo. Sigue hablando del cielo ocasionalmente, pero no ha mencionado haberlo vuelto a visitar o tener algún tipo de conexión constante con la eternidad. Pese a su viaje sobrenatural, su relación con sus hermanos es de lo más normal. Colby sigue a Colton a todas partes como buen hermano menor. Cassie, por su parte, es la sufrida hermana mayor. Esto quedó demostrado perfectamente cuando, entre todos, intentábamos encontrar un buen título para el libro.

Yo sugerí El cielo por cuatro. Sonja sugirió El cielo según Colton. Cassie propuso Regresó, pero no es un ángel.

Al final, fue Colton quien inadvertidamente dio con el título. En la época navideña de 2009 hicimos un viaje familiar a Texas. Estábamos sentados con nuestra editora en un Starbucks de Dallas hablando sobre el libro, cuando ella miró al más grande de nuestros varones y le preguntó:

—Colton, ¿qué quieres que los lectores aprendan de tu historia?

—Quiero que sepan que el cielo es real.

EL CIELO ES REAL, DE TODD BURPO Y LYNN VINCENT (ED. ZENITH) YA LA VENTA